



domingo

KAWANA

El misterio de Boriquén

KAWANA

el mundo mágico de Boriquén

Desde las montañas de altas cimas donde moran los espíritus de los antepasados; de los poblados a orillas del mar, desde los más remotos confines innumerables pies desnudos golpeaban la tierra avanzando incesantemente hacia Kawana

*Caía un sol todo Borinquen
sobre mi frente descubierta.
Me acerqué en silencio conmovido
hasta esa hipnosis que grabó una estrella...
Recoge tu destino, borincano
en esta luz que se ha tornado pétrea.
Ni sol, ni lluvia, ni traición ni nada
podrá borrar lo que está escrito en piedra.
©Juan Antonio Corretjer*

IN MEMORIAM

El tiempo se había detenido, suspendido entre el día y la noche porque ni noche ni día era; fundido en el misterio y el silencio absoluto de la naturaleza en aquel paraje (reino de Opías, del múcaro y el murciélago, de los espíritus nocturnos del bosque), lugar donde ni el viento se atrevía a penetrar. Al norte, el "terral," el viento ancho y poderoso que baja de la serranía, terminaba su jornada. Al sur, el "alisio," henchido de aromas y tibiezas marinas, se preparaba para comenzar la suya. Frente a frente, quietos como todo lo demás, respetaban la quietud sagrada del bosque que aún descansaba bajo la espesa niebla.

Era ese momento, -instante apenas perceptible en la eterna música del tiempo- en el que hasta las miríadas de pequeños seres que pueblan las entrañas de la tierra, se recogen en sí mismos al acercarse el gran acontecimiento en que la noche va a alumbrar el día y Turay se irá iluminando poco a poco. El letargo de todos los seres termina, y todos los seres se llenan nuevamente de vida. Una suave vibración sonora surgió del bosque dormido; era el hálito de vida, la respiración de los árboles y del interior de la tierra. Entonces llegó el viento y su cálido soplo penetró en la niebla densa y fría. Y viento y niebla -aire y agua- oscilaron, giraron, subieron en esa única, hermosa danza que traza la naturaleza, elevándose al fin hacia el sol naciente que fue embebiéndose la niebla. Ya bajo la luz del nuevo día, los bateyes de Kawana alzaban, resplandecientes y airosos, sus hileras de monolitos. Al fondo, altas, fuertes y protectoras se erguían sobre el valle, las tres crestas del Gran Cemí Sagrado de la montaña.

Desde la cordillera, de las montañas de altas cimas donde moran los espíritus de los antepasados; de los poblados que se encuentran donde los ríos y el mar funden sus aguas; de los más remotos confines, llegó también con el ancho viento un sordo y rítmico rumor que aumentaba su intensidad poco a poco; en

La luna en eclipse parcial sobre el principal monolito de Caguana: la imagen, que representa, al parecer, a Ittiba Cahubaba, la Gran Paridora, la Madre de los taínos; figura antropo-zoomórfica a quien se llama, comúnmente, la "Diosa de la Fertilidad".

NUEVO DIA, Revista Domingo, 1 de agosto de 1993

San Juan,
Puerto Rico

senderos que se alargaban, entrecruzándose, a lo largo de todo el ámbito del inmenso bosque que cubría Boriquén, innumerables pies desnudos golpeaban suavemente la tierra avanzando incesantemente hacia *Kawana*.

La jornada que allí iba a comenzar en los *bateyes* sagrados al caer la tarde, sería memorable en las tradiciones orales de la raza que poblaba Boriquén. Había en el aire clamor de guerra -ronco sonido de caracolas resonaba hasta en los más apartados rincones-, y de todos los cacicazgos llegaban comitivas para las ceremonias que se iban a celebrar. En cantos y bailes rituales, en los trances en los que los *bohiques* se comunicaban con los dioses a través de la *cohoba*, en ejercicios y simulacros de fuerza, se pediría a los *cemíes* poder para vencer a los hombres de hierro y de fuego que avanzaban inexorablemente...

Esa noche, una del mes de mayo del ya, "año del Señor de mil y quinientos y once años," se celebró el último gran ceremonial del mundo mágico de Boriquén.

Era, en *Kawana*: "la tierra-donde-moran los espíritus-de los-antepasados," la víspera de la rebelión indígena contra los Señores de la Conquista.

LOS NUEVOS DIOS

Chocaron fieramente,

y a muerte lucharon.

Venció el más fuerte,

el más débil.

Cristo invocaba en las batallas.

Los dioses taínos

en lo profundo de la tierra se refugiaron.

©C.O.

Transcurrieron los años; *Kawana*, bajo un cielo inhóspito, yacía abandonada, vacía. Las hileras de monolitos ya no erguían, como tiempo atrás, todas sus piedras sagradas. Árboles, plantas, espesa maleza avanzando incesantemente fueron cubriendo los *bateyes*, trepando por los monolitos en un estrecho abrazo que dejaba incrustados sobre las piedras, tallos, musgos y líquenes, derribándolas en ocasiones. Aquellos alegres verdores de otro tiempo, que hacían hermosura, se trocaron en bosque silvestre y enmarañada espesura. Frutos, hojas y flores marchitas cubrieron la tierra que antes se abría renovadamente en un gozo de vida recién nacida.

Era como si el tiempo, tejiendo su invisible telaraña que todo lo esconde o lo borra, quisiera proteger, ocultándolas, las imágenes de los *cemíes*. *Opias*, *Maquetavrie*, *Yocahú*, *Iti-ba Cahubaba*, *Opiyel Guobirán*, los dioses y guardianes y espíritus del bosque, de la noche, de las aguas, de la muerte...todos habían sido vencidos.

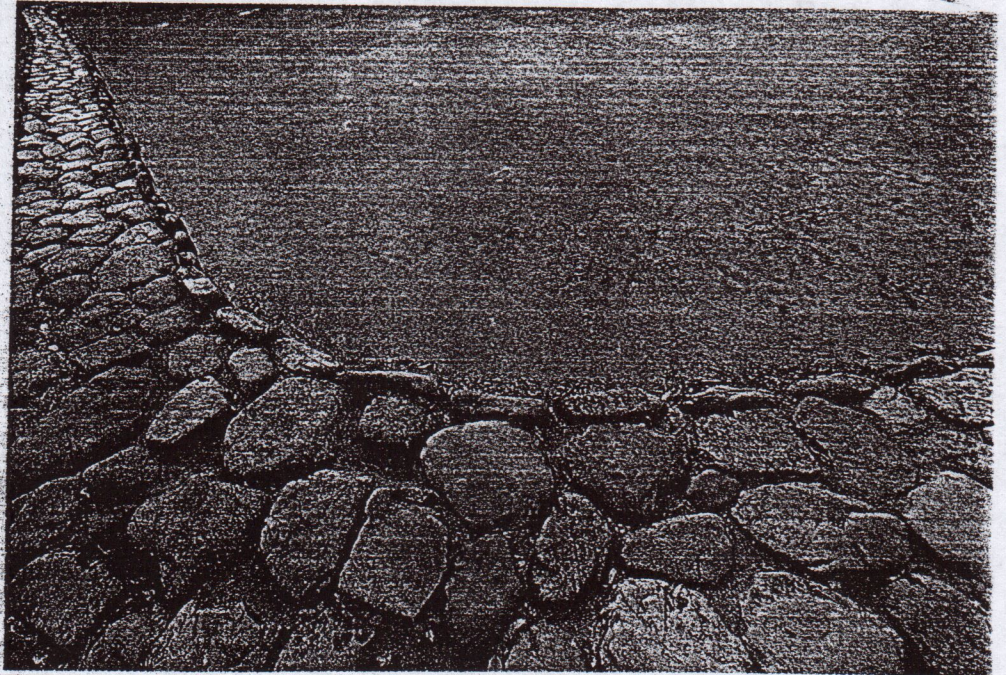
Poco después, comenzó el éxodo y allá, en el claro confín del horizonte, donde las cumbres se desdoblán en otras cumbres, la raza vencida ocultó su amargura en abras y bosques y cuevas, entre soles y lunas y brumas



Arriba, aspecto de uno de los *bateyes* del Parque Ceremonial Indígena de Caguana; esta fotografía fue tomada a las 11 de "aquella mágica noche de eclipse lunar..." que, sin duda, estuvo acompañada del también mágico lento de Tito Guzmán quien "pietó" a esas horas, la escena; sobre estas líneas, primeras luces del amanecer junto al bosque de guayabos.



Ittiba Cahubaba. En esta fotografía podemos apreciar sus piernas de batracio. En los mitos tainos las ranas simbolizan fertilidad. La figura está en postura ritual de parir.



Sobre estas líneas, petroglifo tallado en la hilera de monolitos de la plaza principal, que se supone representa uno de los espíritus de los antepasados.

Al fondo, altas, fuertes y protectoras se yerguen sobre el valle, las tres crestas del Gran Cemi Sagrado de la Montaña.



Sobre estas líneas, parte de la calzada que rodea el batey Agüeybana, el principal de los que componen el Centro Ceremonial Indígena. Las piedras de río que formaban las calzadas de los bateyes, fueron objeto de saqueo; muchos se usaron para empedrar caminos y carreteras.

Fotos TITO GUZMAN

de pálidos clarores...
los dioses reinaban en Boriqúen!

RENACER

Puras y claras aguas del Tanamá,
nágico río;
¿cómo se conservan en nuestra época oscura
el transparente rumor de otros días...
D.C.O.

Don Amílcar se mece en su sillita de paja.

A Don Amílcar se le alegran los ojos cuando recuerda aquellos tiempos del "juego de los dioses," allá en su lejana infancia. Con expresión soñadora, mira más allá de nosotros y allí, lejos y cerca a un mismo tiempo, vuelve a contemplar sus juegos por los bateyes cuando ya se le iban en las figuras que había en algunas piedras. Don Amílcar González ya cumplió 75 años. Nació en un rincón del cerro que está frente a la entrada del Centro Ceremonial Indígena de Capá, (Caguana se llamaba Capá todavía en aquella época). Su padre, modesto agricultor, ayudó a algunos españoles a buscar oro en el río. "En los primeros años de nuestro siglo, en Capá," recuerda, "había caña plantada y arbustos de café y matas de plátanos."

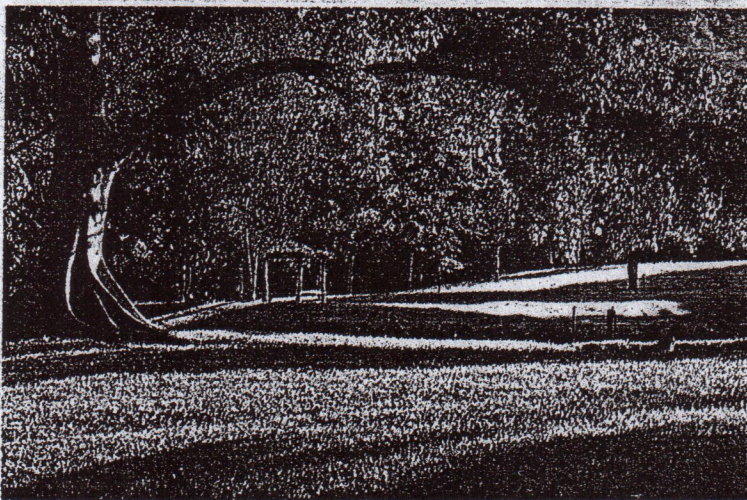
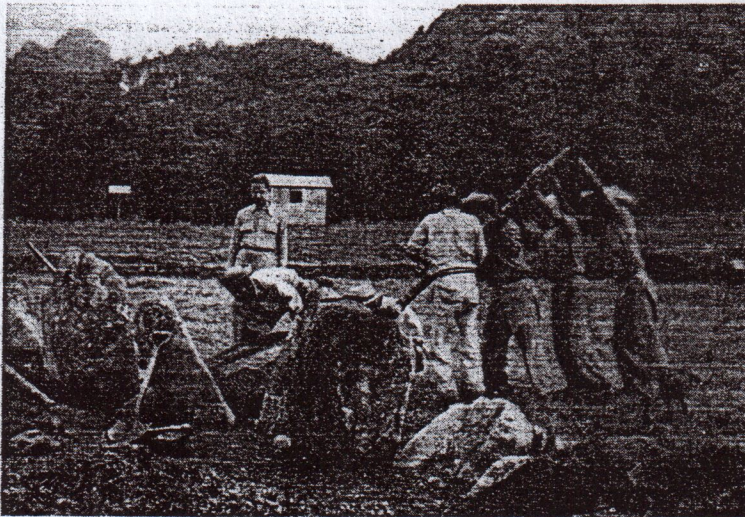
En un punto del curso de su remembranza, la cara de Don Amílcar se ensombrece, se torna seria: "fíjese Don, cuando las carretas de bueyes entraban a cargar la caña, rompían algunas piedras que tenían figuras hechas por los dioses; daba pena ver aquello. Ah!, y lo que han robado también de aquí; y no crea que hace tantos años, no, yo era ya un hombre hecho y derecho."

Don Moncho asiente a las palabras de su amigo y vecino.

Don Ramón Pérez, Don Moncho, nació también en el mismísimo Capá del barrio Caguana. Tiene 83 años que lleva alegre y orgulloso sobre sus, todavía, erguidos hombros. Y en su clara memoria fresca y clara como las aguas del Capá-están sus correrías por los campos y otras muchas cosas, unas que le alegran y otras que le duelen como las que él dice confirmando las de Don Amílcar sobre saqueo en Caguana: "aquí ha habido robo y destrucción desde que yo era niño; se han llevado piedras de los bateyes y las han usado para empedrar caminos y carreteras..." Bueno, hasta el mismo Don Moncho vio cuando se llevaron varios monolitos de buen tamaño a San Juan. Y recuerda que en 1962, vino a Caguana una arqueóloga norteamericana que trabajaba en un museo de Nueva York. Ella le dijo que en su museo ¡y hasta en Europa!, había piedras con petroglifos de Caguana.

Don Moncho cierra unos segundos sus ojos como para asir aún más su pensamiento, entrelaza suavemente los dedos de sus manos

*Los dioses y guardianes y espíritus del bosque,
de la noche, de las aguas, habían sido vencidos.
Después, comenzó el éxodo de la raza aborigen
que en bosques y cuevas, se refugió.
¡Nuevos dioses reinaban en Boriqúen!*



Arriba, "Eran los años de la época dorada del renacer de Caguana"...En la fotografía, tomada en 1949, el antropólogo Ricardo Alegria, supervisa el levantamiento de los monolitos de una de las plazas ceremoniales; sobre estas líneas, lleno de paz y de belleza, un rincón del Parque Indígena, cercano al río Capá.

Foto: Jito Guzmán

y nos habla de los bonitos hallazgos que él y sus amiguitos hacían, reliquias indígenas a las que, en aquel entonces, casi nadie daba importancia; jugaban con ellas y después las tiraban, raras veces las conservaban. Don Moncho nos mira despaciosamente y sonríe con ternura desde sus recuerdos: "una de esas raras veces ha quedado en mi memoria; fue la

de una niña, hija de un conocido mío a quien yo apreciaba mucho, de nombre Don Vicente Pérez, que tenía finca en Cayuco. La niña, a la que llamaban cariñosamente "Canita," guardaba en una cajita de cartón muchos objetos de los indios y piedras con fósiles, que aparecían en la finca.

Brillan, húmedos, los ojos de Don Moncho

al mirarme. En ellos, en sus pupilas, están aún prendidas las queridas imágenes del pasado mientras saborea estas sus palabras finales: "¡eran aquellos otros tiempos y eran aquellas otras personas; unos y otras no volverán!"

Don Amílcar y Don Moncho recuerdan al ya legendario arqueólogo norteamericano Alden Mason desde que este comenzó a explorar y a excavar en los bateyes de Capá. El renacer de Caguana-Capá como monumento histórico y natural, comenzó en la segunda década de nuestro siglo, cuando fue descubierto por arqueólogos que realizaban una exploración científica en Puerto Rico.

Caguana se encuentra en el borde norte de la región montañosa del interior, cerca de las colinas calizas que, como eternos centinelas de piedra, orlan el área de la costa norte. El Centro Ceremonial baña sus pies en el río Capá, pequeño afluente del río Tanamá. Este, recorre la zona internándose entre los boscosos mogotes y vierte sus aguas en el Río Grande de Arecibo, cerca de su desembocadura en el mar. El emplazamiento del lugar donde se encuentra Caguana era conveniente para su defensa. Verdaderamente privilegiado, todavía a principios de siglo (y aún en nuestros días), constituía la más grande concentración de arte megalítico que había en las Antillas. Es muy probable que perteneciera al ámbito de poder del cacique Guarionex aunque no fuera su poblado principal, ya que no se debe considerar zona de vivienda, sino únicamente un gran centro ceremonial, dividido en múltiples bateyes, dedicado a actividades religiosas y deportivas, (Alegria). La plaza central cuadrangular de Caguana, en donde está concentrada la iconografía, simbolizaba para los indígenas el máximo orden cultural en el universo, centro del que irradiaba el poder a toda la isla, y que se plasmaba en las diversas ceremonias de los areitos.

La tierra de Caguana, cálida y olorosa, está salpicada de bosquesillos, de pequeñas "manchas" de árboles, graves y serenos unos; risueños y alegres otros; panzudos o esbeltos y airosos, y dueños todos de nombres sonoros, musicales: ausubo, guayacán, capá, majagua, maricao, yagrumo...Yerguen al cielo su hermosura y le hablan al visitante de la flora de un mundo pretérito. Es el jardín botánico del Parque Ceremonial. En él se encuentra el bosque de marías llamado "bosque Mason" en memoria del pionero arqueólogo, y el paseo de palmas reales bautizado con el nombre de Don Santos Pérez, en honor a aquel eterno guardián que, en vela a cualquier hora, cuidaba del Parque Indígena más que de su propia casa.

Franz Boas, Alden Mason y Robert Aitken exploraron Capá por primera vez en el año 1915 e, inmediatamente, comenzaron las excavaciones. Más adelante, en 1938, Irving

...se reconoce el lugar y hace unos pozos de... ba, y Ricardo Alegría, en 1949 y 1956, lleva a cabo una intensa y fecunda labor de excavación y restauración de lo que ya iba adquiriendo de nuevo la categoría de Centro Ceremonial que le correspondía por derecho propio. Y con ello asumiría gallardamente el primer puesto, como tal monumento, en las Antillas ya que no hay otro igual de tal importancia y tamaño. Apreciación ésta, incluso conservadora ya que muchas y autorizadas opiniones consideran que el Parque Ceremonial de Caguana era (es), mayor, bastante mayor de lo que hoy aparece ante nuestros ojos. Así opinan también los buenos amigos D. Amílcar y D. Moncho, profundos conocedores de todo el barrio de Caguana. D. Amílcar recuerda que frente a su casa, en un valle "bonitísimo" que llaman "La Vega" y pegadito al talud del río donde se asienta parte del Centro Ceremonial, él ha visto hileras de piedras con petroglifos así como calzadas con chinos redondos. Y hay más restos de *bateyes* lindando con el Parque.

Sobre esto es interesante mencionar que ya en los primeros años de este siglo, en 1902-03, el arqueólogo norteamericano Fewkes, -quien fue el primer científico que trabajó en Puerto Rico cubriendo todos los aspectos de la arqueología prehistórica-, declaró que se podía caminar a lo largo de una gran extensión del Río Grande de Arecibo, especialmente cerca del pueblo de Utuado,

Caguana, la más grande concentración de arte megalítico de Las Antillas, en parte destruída, en parte saqueada, comenzó a renacer en la segunda década de nuestro siglo, pero su época dorada se extiende entre los años 40 a los 60

sin dejar de ver en ningún momento plazas ceremoniales. Precisamente Fewkes descubrió en la región utuadeña veinte plazas diferentes. La región entera, desde Capá a Cerro Hueco es, prácticamente, una serie ininterrumpida de plazas ceremoniales.

En la época dorada del renacer de Caguana, en los años de ilusionada restauración, -años "ya nuestros" porque nuestros eran los técnicos y profesionales que llenaron aquellas jornadas con su trabajo-, Ricardo Alegría contó con la ayuda de excelentes colaboradores como el arqueólogo Héctor Moya y Walter Murray Chiesa. Todos ellos comprendieron desde el primer momento la gran importancia, la trascendencia del lugar que fue afirmándose al paso del tiempo

'El simbolismo arquitectónico, iconográfico y ceremonial en Caguana es un modelo del

cosmos, ya que los sistemas de creencias religiosas de los taínos: *cemísmo* y culto a los antepasados se encarnaban en los monolitos con petroglifos y en el lugar donde se levantaban,' (Oliver).

Entre los seres que han significado mucho para Caguana, se encuentran Federico y Margarita. Lo cuidan y lo disfrutan porque Federico Morales y Margarita Pérez, su esposa, son unos enamorados del Parque y de todo el barrio utuadeño. Federico considera que no que hay que ser arqueólogo para disfrutar los petroglifos si uno tiene sensibilidad y amor al pasado: "eran artistas, grandes artistas los indios" -sonríe saboreando sus palabras, mientras sus ojos recorren cada monolito,- "lo que tallaron sobre la piedra, no fue hecho por casualidad, no era la obra de unos indios ignorantes; pienso que en Caguana hay más de lo que pensamos que hay, y

que todo esto es aún más importante de lo que creemos que es. Cuando cae la tarde y me siento frente a la figura de la "Diosa de la Fertilidad" y la miro en el silencio, me transporto a la época en que los indios realizaban sus ceremonias. Y es muy hermoso estar allí al anochecer, cuando comienzan a aparecer las estrellas..."

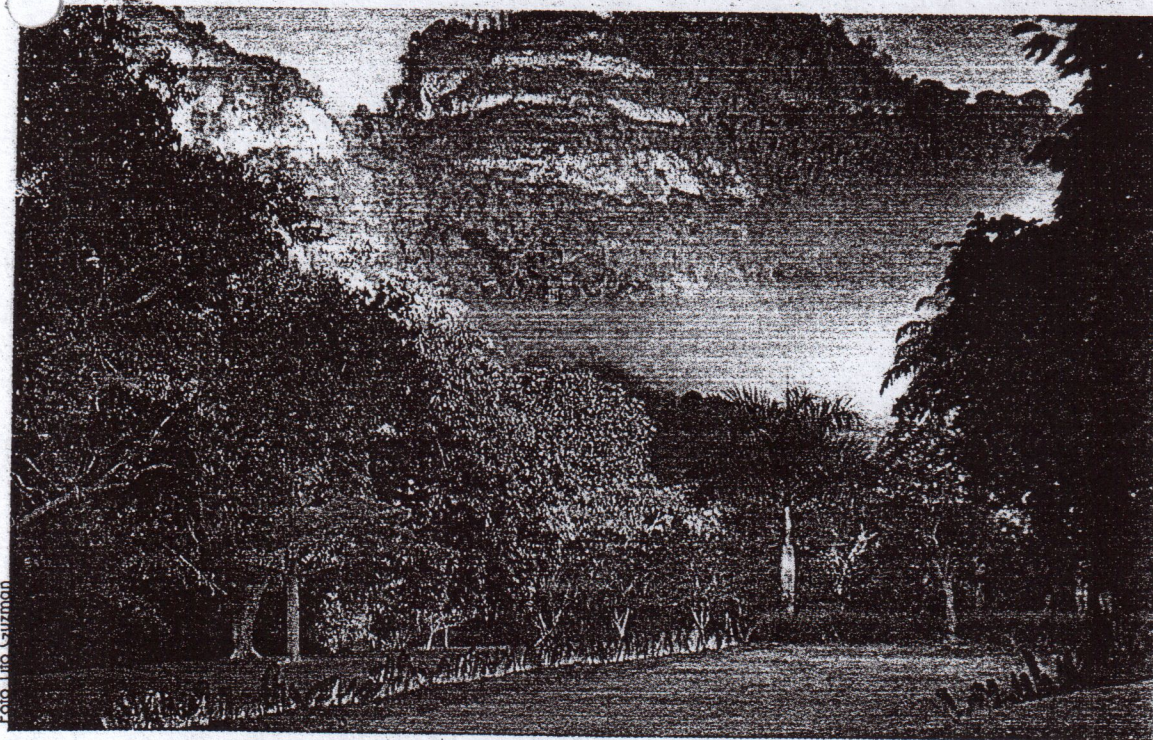
Los restos del lugar que fue eje, núcleo y centro de la magia secular del mundo indígena antillano, languidecen. Ese decaimiento es consecuencia de un abandono, inconcebible y denigrante, por parte de los que aceptaron la encomienda de protegerlo. El renacer de Caguana en los albores de nuestro siglo, que plasmó en la restauración que se llevó a cabo entre los años 40 a 60, se interrumpió. Desde hace ya diez años, apenas los únicos que cuidaron del Parque Nacional Indígena de Caguana fueron los guardianes que, incluso, en bastantes ocasiones usaron parte de sus míseros sueldos para gastos de mantenimiento del Parque. El Instituto de "Cultura Puertorriqueña se olvidó del monumento que el mismo Instituto había ayudado a resurgir del pasado. Pronto, en las próximas semanas, nuestra primera institución cultural por medio de su división de Patrimonio Edificado (antes de Monumentos y Zonas Históricas), comenzará la realización de un importante proyecto museográfico de ampliación y rehabilitación en Caguana que hace ya un par de meses está en preparación. Se va a construir una segunda planta en el edificio del museo y se van a trasladar los principales monolitos del *Batey Agüeybana* a la pared norte del edificio, para conservarlos de la mejor manera posible, colocándose unas réplicas en el *batey*. El nuevo museo de Caguana deberá ser, entonces, como la presencia viva de la prehistoria puertorriqueña.

EPILOGO PRIMAVERA

Sean mis palabras finales recuerdo y homenaje al puñado de luchadores por la cultura, algunos anónimos, que a Caguana amaron y aman y la ayudaron; y que a la cultura de la patria dedicaron y dedican todavía, sus pensamientos, sus desvelos y sus actos todos.

En una noche que parecía hecha de luz de luna y de jazmines, concebí esta historia. Hilvanada con amor, es la medida, el sentimiento y la palabra de una emoción siempre renovada al visitar los *bateyes* de Caguana. Una emoción especialmente sentida en una mágica noche de eclipse lunar.

Llegó la primavera a los campos de Caguana. El río, los bosques, los pájaros, las piedras todas de los antiguos dioses, cantan la hermosura del nuevo tiempo. Y con la primavera, brotes de esperanza empiezan a florecer en los *bateyes*. ■



Minutos después de amanecer, el sol naciente va embebiéndose la niebla. Bajo la luz del nuevo día, aparecen los bateyes de Caguana.